

REFORMA POLÍTICA Y PARTICIPACIÓN CIUDADANA

AGUSTÍN BLANCO*

Fecha de finalización: enero de 2014

Fecha de aceptación y versión final: febrero de 2014

RESUMEN

Después de casi cuarenta años, la democracia española muestra claros signos de erosión. Quizá el síntoma más ilustrativo y preocupante es el hecho de que la clase política y los partidos políticos son vistos por los ciudadanos como uno de los principales problemas de nuestro país. Pero la pérdida de vitalidad de nuestra vida democrática no es únicamente achacable a una estructura institucional poco funcional con respecto a las circunstancias y necesidades actuales, sino también a una cultura democrática claramente deficitaria. Afrontamos, por tanto, el reto de una necesaria reforma institucional, pero también de un fortalecimiento de la condición de ciudadanos a través de la participación social y política.

PALABRAS CLAVE: partitocracia, interés común, deliberación, participación, reforma.

POLITICAL REFORM AND CITIZEN PARTICIPATION

ABSTRACT

After almost forty years, Spanish democracy shows clear signs of erosion. The most visible and concerning symptom is perhaps the fact that the political class and political parties are seen as one of the main issues in our country. However, the loss

* Director de la Fundación «Encuentro». <agustinblancomartin@gmail.com>.

of vitality noticeable in our democratic life cannot only be attributed to an institutional structure that has proved inefficient in view of the current circumstances and needs, as it has to do with a clearly deficient democratic culture as well. We, therefore, face the challenge of much needed institutional reform, and of a strengthening of the citizens' status through social and political participation.

KEYWORDS: participacy, common interest, deliberation, participation, reform.

Después de casi cuarenta años desde la aprobación de la Constitución de 1978, la democracia española afronta ahora una mezcla de desgaste, crisis, límites y necesidad de ajustarse tras un tiempo de consolidación. Hay una primera afirmación insoslayable y que no por conocida o destacada en los medios de comunicación resulta menos impactante y preocupante: dos de los principales actores en los que se encarna la vida democrática, la clase política y los partidos políticos, se han convertido en el tercer problema más importante para los españoles (lo señala el 12% de los entrevistados en el Barómetro del CIS de octubre de 2013), solo por detrás del paro y los problemas de índole económica. En julio de 2008 se hallaba en la octava posición, con un 2%. Correlativamente, según los datos de la reciente Encuesta Social Europea, el índice de confianza de los españoles en la política se encuentra en el nivel más bajo de los últimos diez años y nos sitúa en los últimos puestos entre los 29 países que participan en este estudio. Los ciudadanos españoles otorgan un 1,91 sobre 10 a los dirigentes políticos, y un 1,88 a los partidos.

¿Por qué se ha producido este deterioro tan espectacular de la valoración de los políticos y la política por parte de los ciudadanos?

Causas de la desafección

Es evidente que los casos de corrupción han jugado un papel fundamental: en el Barómetro del CIS de julio de 2008, sólo 8 de 2.468 entrevistados (el 0,3%) consideraban la corrupción y el fraude el principal problema que existía en España y ocupaba la decimoctava posición; en

el Barómetro de octubre de 2013, el porcentaje había subido hasta el 11,5% y escalaba hasta la cuarta posición, aunque en varios barómetros de este último año llegó a ocupar la segunda posición. «La corrupción política es una causa fundamental de la crisis de la democracia, expresada en la desafección y malestar de la ciudadanía. Los miles de casos y tipos de corrupción que afectan a las administraciones públicas y organismos asociados a la vida política demuestran las insuficiencias del funcionamiento del sistema democrático. La razón de fondo de este problema radica en la posición predominante del interés privado, individual o de grupo, sobre el interés general»¹.

Pero hay otros factores que también han contribuido a esta visión de la política y de los políticos como un problema:

■ El incumplimiento reiterado de promesas o compromisos electorales, lo que genera una pérdida de credibilidad de los políticos. Pero lo más desconcertante para los ciudadanos es el carácter acomodaticio de las argumentaciones de los políticos a la hora de justificar sus decisiones: unas veces apelan al mandato recibido, al «contrato» firmado con quienes les han votado, y otras justifican el incumplimiento de ese mismo contrato en razón de los intereses generales, de la responsabilidad. Esta utilización argumentativa del modelo de mandato puro y del modelo de responsabilidad puro en función de las circunstancias contribuye a una visión de la política como una actividad en la que los principios tienen un valor relativo, dependiente de los intereses de los políticos.

Por otro lado, en las democracias liberales como la española asistimos hoy en día, así mismo, a una creciente supremacía de la representación-encarnación. «El representante, lejos de estar solamente “comprometido” a expresar la voluntad de sus electores, él mismo encarna dicha voluntad de hacer solo aquello para lo que fue elegido. Esto quiere decir que encuentra en su elección la justificación que le permite actuar, no tanto se-

1. A. ROBLES Y S. DELGADO, «Crisis de la democracia y liderazgo público. Viaje a través de la corrupción política», en línea, <http://www.aecpa.es/uploads/files/module/congress/11/papers/948.pdf> (Consulta el 17 de enero de 2014).

gún la voluntad de quienes lo eligieron, sino según la suya propia; en otras palabras, se considera autorizado por el voto a hacer lo que considere bueno»².

■ La ruptura o la imposibilidad de llegar a consensos básicos en torno a cuestiones básicas para la sociedad, como la educación, la sanidad, el modelo territorial, la lucha antiterrorista... Quizá el de la educación sea el ejemplo más acabado de un modo de proceder difícilmente comprensible por parte de los partidos políticos. En un tema de largo alcance, de carácter estructural en su desarrollo y funcionamiento y en el que existe acuerdo con respecto a su trascendencia máxima para el presente y el futuro de la sociedad en su conjunto, nos hallamos sometidos a un vaivén continuo en sus leyes básicas que contrasta vivamente con lo que ocurre en la mayoría de los países de nuestro entorno. Mezclar lo básico con lo accesorio e introducir la dinámica de lo coyuntural o táctico en procesos de carácter estructural o estratégico son aspectos que dificultan sobremanera el logro de los necesarios consensos básicos en aspectos fundamentales como los que acabamos de señalar.

Desde un planteamiento más teórico, y utilizando la terminología anglosajona, que establece distinciones terminológicas en el polisémico concepto de política en la lengua castellana, podríamos afirmar que el ámbito de las *policies* se ve cada vez más invadido y desplazado por el ámbito de la *politics*. Las *policies* hacen referencia a las políticas públicas, al proceso de diseño e implementación racional de planes, programas y proyectos por parte de un gobierno o administración, que han de caracterizarse básicamente por la previsibilidad y el largo plazo; por su parte, el término *politics* se refiere a lo que podríamos denominar el juego de la política o la lucha y articulación de los diferentes intereses representados por los partidos y por el conjunto de los actores políticos. En una visión cruda de la realidad política española en la actualidad, Luis Garicano afirma que «en nuestro país, desgraciadamente, la “policy” no existe: to-

2. A. BENOIST, «Democracia representativa y democracia participativa», en línea http://www.alaindebnoist.com/pdf/democracia_representativa_democracia_participativa.pdf (Consulta el 17 de enero de 2014).

dos los debates se ideologizan, y terminamos en una situación donde los principales debates parlamentarios tienen que ver con piratas, clases de religión y escándalos. Todo muy interesante y excitante; pero esos debates no van a resolver los problemas acuciantes que acechan a nuestro querido país»³.

■ La pérdida de confianza en instituciones técnicas o de arbitraje fundamentales en un Estado social y democrático de derecho, como consecuencia de su politización. Como señala César Molinas, «la clase política española se ha dedicado a colonizar ámbitos que no son propios de la política como, por ejemplo y sin ánimo de ser exhaustivo, el Tribunal Constitucional, el Consejo General del Poder Judicial, el Banco de España, la CNMV, los reguladores sectoriales de energía y telecomunicaciones, la Comisión de la Competencia... El sistema democrático y el Estado de derecho necesitan que estos organismos, que son los encargados de aplicar la Ley, sean independientes. La politización a que han sido sometidos ha terminado con su independencia, provocando una profunda deslegitimación de estas instituciones y un severo deterioro de nuestro sistema político»⁴.

Ante el desprestigio de la política y los políticos, los ciudadanos se sienten aún más vulnerables cuando los criterios políticos priman sobre la competencia técnica y la profesionalidad en la selección de los cargos directivos de estas instituciones. Especialmente ilustrativo resulta el caso del Banco de España. Tras una justamente ganada fama y confianza durante décadas de supervisión y control del sistema financiero español, a los ciudadanos les cuesta comprender su actuación desde el inicio de la denominada burbuja inmobiliaria y en la crisis financiera, especialmente en relación con las cajas de ahorro, muchas de ellas claramente politizadas en sus órganos de dirección.

3. L. GARICANO, ««Policy» y «Politics»: Una distinción inexistente en nuestro idioma (pero muy necesaria)», en línea <http://www.fedeablogs.net/economia/?p=1870> (Consulta el 17 de enero de 2014).

4. C. MOLINAS, «Una teoría de la clase política española», *El País*, 11 de septiembre de 2012.

■ La colusión de intereses entre la élite política y la élite empresarial, la famosa «puerta giratoria», que constituye un claro factor de desmoralización ciudadana y debilitamiento del principio democrático de representación de los intereses de los ciudadanos por parte de los electos. Ha hecho fortuna en el discurso mediático y social el término de «élites extractivas» aplicado a los políticos: «la clase política española ha desarrollado en las últimas décadas un interés particular, sostenido por un sistema de captura de rentas, que se sitúa por encima del interés general de la nación [...] La política y sus aledaños se han convertido en un *modus vivendi* que alterna cargos oficiales con enchufes en empresas, fundaciones y organismos públicos y, también, con canonjías en empresas privadas reguladas que dependen del BOE para prosperar»⁵.

■ La degradación de la vida parlamentaria, el supuesto templo de la política y la democracia. Asistimos a la sustitución de los argumentos por los argumentarios en el discurso de los parlamentarios; no hay un verdadero debate o deliberación, ahogado por el peso asfixiante de la «técnica parlamentaria». Resulta difícil no sorprenderse ante el siguiente texto de Benjamin Constant, de 1815, incluido en el epígrafe «De la discusión en las asambleas representativas» de su obra *Principios de política*: «Cuando los oradores se limitan a leer lo que han escrito en la soledad de su despacho, no discuten, amplifican; no escuchan, pues lo que oigan no debe cambiar en nada lo que van a decir, simplemente esperan a que acabe el que les precede; no analizan la opinión que el otro defiende, solo cuentan el tiempo que emplea y que les parece excesivo. No hay discusión, todos reproducen objeciones que ya han sido refutadas; nadie se ocupa de lo imprevisto, de lo que podría estropear un alegato previamente redactado. Los oradores se suceden sin encontrarse; si se refutan, es por casualidad; se parecen a dos ejércitos desfilando en sentidos opuestos, uno al lado del otro, sin darse cuenta apenas, evitando incluso mirarse por miedo a salirse de un camino irrevocablemente marcado»⁶. Parece una foto actual de cualquier cámara

5. *Ibid.*

6. B. CONSTANT, *Escritos políticos*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1989, p. 78.

legislativa en nuestro país. La deliberación es un aspecto esencial de la democracia, en todos los ámbitos; si se desnaturaliza en el Parlamento, que debería ser el modelo y la referencia, ¿cómo va a poder desarrollarse en el resto? ¿Nos extraña el tono y el contenido dominantes en los comentarios a las noticias en los medios digitales?

■ La mala o escasa información y comunicación a los ciudadanos por parte de los gobernantes. En el cumplimiento de la función de representación en los regímenes democráticos –entendida como la actuación de acuerdo con los mejores intereses del público–, la información adquiere una importancia fundamental. Los ciudadanos nunca podremos conocer todo lo que conocen los gobernantes, ni seguramente lo quere- mos. Pero también es claro que los ciudadanos «no querríamos que los gobiernos emprendiesen acciones que no deberían haber emprendido, si hubiésemos sabido por qué habrían de hacerlo. Pero esto significa que nosotros tenemos que conocer lo que hacen los gobiernos y por qué lo hacen, independientemente de lo que ellos quieran que nosotros sepamos. Nuestra autorización para gobernar no incluye la autoridad para ocultarnos información. Para promover la representación, la democracia requiere un «régimen de libre información» (Dunn, en prensa). Por consiguiente, aun cuando las elecciones concedan a los gobiernos una amplia autorización para mandar, esta autorización no debería extenderse a la función de informarnos. Nuestra información no debe depender de lo que los gobiernos quieren que sepamos. Las implicaciones institucionales son obvias: necesitamos comisiones electorales independientes, oficinas contables independientes, agencias estadísticas independientes. Necesitamos «agencias de responsabilidad» independientes de otras ramas del gobierno»⁷.

En la conformación del debate y la deliberación pública en una sociedad democrática, el punto de partida inexcusable son los datos y los diag-

7. A. PRZEWORSKI, «Democracia y representación», en línea <http://unpan1.un.org/intradoc/groups/public/documents/CLAD/CLAD0030103.pdf> (Consulta el 17 de enero de 2014).

nósticos sobre lo que Ortega y Gasset llamaba «lo que pasa y lo que nos pasa». A este respecto, resulta muy ilustrativo y preocupante el informe que Eurostat publicó en abril de 2013 sobre el Aparato Estadístico del Estado Español, conformado por el Instituto Nacional de Estadística, la Intervención General de la Administración del Estado, el Banco de España y entes autonómicos y locales. En él se hacía referencia a la necesidad de mejoras significativas para lograr un sistema de información estadística robusto, que garantice la integridad, la solidez, la transparencia y la puntualidad de las estadísticas en todas sus etapas. Hacía igualmente referencia a la necesidad de reforzar la responsabilidad y la independencia profesional de los proveedores de datos, así como el poder del INE para acceder a todas las fuentes de información⁸.

Al control de la producción y difusión de los datos se suman los claros déficits de comunicación por parte de los gobernantes y de los políticos. Por un lado, la comunicación directa y periódica de los gobernantes con la ciudadanía no solo se ha restringido, sino que ha quedado prisionera de las estrategias de los directores de comunicación y de los técnicos del *marketing* político. Por otro, resulta patente y rechazable la degradación y corrupción del lenguaje político en los eufemismos, el retorcimiento o manipulación de los conceptos y una retórica hueca y hasta incomprensible⁹. Difícilmente se puede llegar en ese contexto a la formulación de diagnósticos compartidos sobre los que proponer alternativas de actuación legítimamente diversas. El lenguaje político parece haberse convertido en un instrumento más de desinformación que de información, llevando al límite la lógica de que la información es poder.

-
8. Varios diarios daban cuenta el día 12 de noviembre de 2013 de la retirada de la web de Eurostat de este informe crítico con nuestro país. Se hacían eco, igualmente, de que la razón esgrimida para su retirada era que contenía «declaraciones demasiado generales».
 9. Cf. FUNDACIÓN ENCUENTRO, «La corrupción del lenguaje público», *Informe España 2012*, Fundación Encuentro, Madrid 2012, pp. 3-35, en línea, <http://www.informe-espana.es/informes-publicados> (Consulta el 17 de enero de 2014).

La lógica partidista

Los principales responsables de esta situación, aunque no los únicos, son los partidos políticos, que parecen haber sustituido la lógica de la representación y la búsqueda de los intereses generales por la lógica del poder. Este parece haberse convertido en un fin y no en un instrumento para el logro del bien común. Muchas veces da la impresión de que reducen la democracia al ejercicio del voto cada cuatro años, una especie de delegación omnímoda de la voluntad ciudadana. Esta lógica autonomizada del poder por parte de los partidos desvirtúa algunos de los elementos básicos de la democracia: el diálogo, la comunicación y la participación de los ciudadanos. La partidocracia tiene como consecuencia y como condición necesaria de su pervivencia la despoltización de la sociedad.

Son muchas las voces que, para hacer frente a esta situación, proclaman la necesidad de una reforma de la ley electoral. La elección durante la Transición de un sistema electoral proporcional corregido, con listas electorales cerradas y bloqueadas confeccionadas por las cúpulas de los partidos políticos, probablemente tuvo su sentido en aquellos momentos, cuando, en el contexto de una democracia inmadura, se perseguía sobre todo consolidar el sistema de partidos políticos fortaleciendo el poder interno de sus dirigentes. Hoy parece evidente que este sistema presenta graves disfuncionalidades que dificultan el ejercicio democrático de la ciudadanía, ya que los cargos elegidos responden de manera exclusiva ante los dirigentes de su partido y no ante sus electores.

Se habla, en consecuencia, de la necesidad de una democratización de los partidos políticos: «Aunque su organización interna es formalmente democrática, los partidos funcionan dentro de estructuras jerárquicamente ordenadas, eliminando de hecho la funcionalidad teórico-representativa para la que nacieron. El deseo de lograr la democratización interna y recabar nuevas dosis de legitimidad popular para los partidos, realizando su verdadera función constitucional, choca repetidamente con el inmovilismo y defensa de los intereses creados. De ahí el desasosiego y preocupación de la ciudadanía»¹⁰. Desde múltiples ámbitos e instituciones se

10. A. ROBLES Y S. DELGADO, *loc. cit.*

preconiza una reforma de la Ley de Partidos que asegure su democracia interna y la transparencia de su financiación y debilite el poder de los aparatos.

Una débil cultura política

Pero si se da esa situación de alejamiento y autonomización de la política, es también porque hay una ciudadanía que no se expresa suficientemente y de manera organizada ante esa situación y, en consecuencia, no asume el protagonismo y la responsabilidad que le corresponde en un sistema democrático. Hay un grave problema con los partidos y con los políticos, pero hay asimismo un grave problema de cultura política, y este nos afecta a todos como ciudadanos y como sociedad. Como señalaba José Luis López Aranguren, no hay verdadera democracia sin demócratas.

¿Dónde están las raíces de este déficit de cultura democrática, de ciudadanía? La teoría del capital social de Robert Putnam ofrece algunas claves para responder a esta pregunta. En su ya clásica obra sobre el declive de la comunidad y del capital social en la sociedad norteamericana *Solo en la bolera*, sostiene que en el debilitamiento de las redes asociativas y de participación ciudadana en el contexto más inmediato y cercano está el origen de este declive, que tiene graves consecuencias en la propia democracia. Para Putnam, «las asociaciones y redes de compromiso cívico menos formales inculcan en sus miembros hábitos de cooperación y sentimientos públicos, así como las destrezas prácticas necesarias para participar en la vida pública [...] Las asociaciones voluntarias son lugares donde se aprenden habilidades sociales y cívicas, son “escuelas de democracia”. Sus miembros aprenden a dirigir reuniones, hablar en público, escribir cartas, organizar proyectos y debatir con civismo asuntos públicos... Las asociaciones sirven de foros para deliberar reflexivamente sobre cuestiones públicas vitales y constituyen una oportunidad de aprendizaje de virtudes cívicas como la participación activa en la vida pública, la confianza y la reciprocidad, que desde un punto de vista político significa una buena disposición entre partes contrarias a ponerse de acuerdo sobre las reglas básicas para llegar a un compromiso tras haber debatido suficientemente, incluso (o en especial) cuando no coincidan

con respecto a lo que se debe hacer»¹¹. Estas organizaciones desempeñan un papel muy importante como impulsoras de estructuras que promueven la vida democrática, entrenan a sus miembros para asumir responsabilidades públicas, les dotan de visión crítica de la realidad y generan confianza entre las personas, especialmente jóvenes¹².

¿Cuál es la situación de ese capital social en España? Solo uno de cada tres españoles mayores de 18 años pertenece a alguna asociación, grupo u organización. La tasa de voluntariado se estima en un 15% de la población y se sitúa en los últimos puestos a nivel europeo. El 74,5% de los españoles nunca ha participado en una actividad colectiva en beneficio de la comunidad. Incluso entre los más concienciados, la participación en estos ámbitos se reduce con frecuencia a lo que se denomina «socios de ratón». Tenemos una sociedad civil débil.

El reto de la participación

¿Dónde encontramos espacios de formación de la ciudadanía? Los medios de comunicación no parecen cumplir esa función («tertulianismo» opinativo, dependencia económica de los grandes grupos de medios); los espacios tradicionales de búsqueda de lo común y de identificación social (desde las asociaciones de vecinos y las AMPAS hasta las parroquias) han perdido su vigor de antaño. ¿Dónde están hoy esos espacios de formación? En las redes sociales, en los nuevos movimientos de los jóvenes, que manifiestan una nueva forma de estar en el mundo y de relacionarse con los demás. ¿Qué está haciendo la política para integrar, para aprovechar el potencial transformador, las nuevas capacidades que ofrecen estos medios para reformar, para dar una nueva faz a la política?

11. R. PUTNAM, *Solo en la bolera. Colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona 2002, p. 457.

12. Cf. FUNDACIÓN ENCUENTRO, «Crisis, solidaridad y Tercer Sector», *Informe España 2013*, Fundación Encuentro, Madrid 2013, pp. 237-287, en línea, <http://www.informe-espana.es/informes-publicados> (Consulta el 17 de enero de 2014).

Es verdad también que asistimos, como señala Adela Cortina¹³, a una efervescencia de actividad ciudadana en la sociedad civil; pero, o bien es en grupos minoritarios, o bien es una respuesta a situaciones de necesidad o de injusticia flagrantes. Son movimientos de solidaridad, protesta o indignación espasmódicos, que muchas veces no llegan a articularse en compromisos cotidianos o continuados de participación ciudadana.

Un elemento importante para entender lo que nos está ocurriendo en el ámbito de la política es que en poco tiempo hemos pasado, de una sociedad de la opulencia, en la que se toleraban o se «comprendían» los abusos de la clase política porque la mayoría parecía o creía mejorar, a una sociedad marcada por la austeridad y los recortes, en la que crecen la desigualdad y la pobreza y en la que muy pocos quedan a salvo de caer en la espiral de la precariedad y el empobrecimiento (la democratización del riesgo, en la terminología de Ulrich Beck). Esta situación puede que nos empuje a una participación mayor en la vida pública, para la que nos hemos de dotar de los instrumentos y las habilidades necesarias.

Pero es importante recordar a los partidos e instituciones políticas que esa promoción de la participación ciudadana es también su responsabilidad. Benjamin Constant termina su ya clásica conferencia sobre *La libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*, en 1819, con las siguientes palabras: «La obra del legislador no está completa si únicamente ha llevado la tranquilidad al pueblo. Incluso cuando ese pueblo está contento, queda todavía mucho por hacer. Las instituciones tienen que completar la educación moral de los ciudadanos. Respetando sus derechos individuales, cuidando de su independencia, no turbando sus ocupaciones, deben sin embargo reafirmar su influencia sobre la cosa pública, llamarles a concurrir al ejercicio del poder a través de sus decisiones y de sus votos, garantizarles el derecho de control y de vigilancia a través de la manifestación de sus opiniones, y formándoles adecuadamente en tan elevadas funciones por medio de la práctica, darles a la vez el deseo y la facultad de satisfacerlas»¹⁴.

13. A. CORTINA, «Una sociedad civil en ebullición», *El País*, 6 de octubre de 2013.

14. B. CONSTANT, *Escritos políticos*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1989, p. 285.

Hemos, por tanto, de reivindicar y dignificar la política; evitar que los partidos y los políticos se arroguen el monopolio de la política; recuperar su significado más noble y real de construcción del bien común, siendo conscientes de que el desistimiento de nuestro ejercicio de las responsabilidades cívicas y de participación ciudadana es también política, una mala política. Para ello es importante comprender y asumir que «las virtudes cívicas, la excelencia, la ejemplaridad y el mérito se educan desde la política y no solo desde la escuela, la familia o la pequeña comunidad. Ahora bien, si queremos impulsar un nuevo círculo virtuoso, debemos también ser conscientes de que las virtudes cívicas y los nuevos compromisos nos atañen a todos. De ahí que sea necesario remarcar qué salimos ganando todos si pasamos a ejercer una ciudadanía implicada, solidaria y responsable, capaz de modernizar su armazón institucional, sus partidos políticos y su cultura democrática»¹⁵. En la Encuesta Social Europea que comentábamos al inicio de este texto se constata, por primera vez desde hace diez años, el aumento del interés por la política entre los españoles, que se manifiesta en una sociedad más crítica y que usa mecanismos de movilización no convencionales como alternativa. El reto está en que ese impulso de responsabilidad y participación ciudadana penetre también en los cauces e instrumentos formales de nuestra democracia.

15. FUNDACIÓN ENCUENTRO, «Claves para una interpretación de la crisis», *Informe España 2013*, Fundación Encuentro, Madrid 2013, XXIII, en línea, <http://www.informe-espana.es/informes-publicados> (Consulta el 17 de enero de 2014).

editorial 
SAL TERRAE

AMEDEO CENCINI

**¿Hemos perdido
nuestros sentidos?**

En busca de la sensibilidad creyente



SAL TERRAE

AMEDEO CENCINI

**¿Hemos perdido
nuestros sentidos?**

*En busca
de la sensibilidad creyente*

280 págs.

P.V.P.: 16,50 €

Debido a la progresiva desaparición de la sensibilidad de nuestro bagaje espiritual, necesitábamos ser llevados de la mano para redescubrir psicológica, filosófica y teológicamente lo que es más peculiarmente humano. En una primera parte, el autor nos introduce en varias tipologías de sensibilidad y nos hace llegar después a la sensibilidad de Dios. La segunda parte del volumen está toda ella orientada a la formación mediante la invitación a cultivar los sentidos, uno por uno, a la luz y al calor de la espiritualidad, y concluye con la propuesta de un sólido itinerario formativo de la sensibilidad.
